



## Nueva Normalidad

Crece en nosotros el deseo de volver a la normalidad. Nos duele haber perdido la vida normal. Se habla también de una “nueva normalidad”, indicando así que después del coronavirus cambiarán las condiciones de la existencia, que lo normal pasará a ser otra cosa.

Es interesante que usemos de nuevo la palabra “normalidad”. Era una palabra olvidada. Se insistía sobre todo en que cada uno es diferente. Lo normal se veía como una imposición, como prejuicios que no permitían al individuo seguir sus preferencias.

Esto se notaba sobre todo cuando se hablaba de la familia. ¿Qué es una familia normal? La familia formada por padre, madre, hijos, era solo la familia “tradicional”, con lo que se le colgaba el sambenito de lo caduco.

El virus nos fuerza a recobrar de nuevo un lenguaje perdido. Entendemos claramente que hay una normalidad, que es la salud. Si uno dice que tener o no el virus es algo que está en el cerebro, y no en el cuerpo, como argumentan algunos libros de texto infantiles sobre el ser hombre o mujer, a ese le consideraríamos un peligro público.

Entendemos también que la normalidad no es un concepto estadístico, que dependa de una mayoría. Aunque todos nos contagiáramos del virus, tener el virus no sería normal. Hablar de “normal” significa reconocer que hay un criterio que no depende de cuántos vivan de ese modo. Hablar de normal significa aceptar una naturaleza, una naturaleza humana, que se expresa en primer lugar en el lenguaje de nuestro cuerpo.

Y así entendemos que cualquier normalidad a la que volvamos después del virus, antigua o nueva, tiene que estar unida con la naturaleza del hombre. Y esto significa que tiene que aceptar la creaturalidad del hombre. El hombre tiene una naturaleza, tiene una normalidad, porque Dios nos ha creado con un proyecto común para toda la familia humana.

El movimiento ecologista es sensible también a la normalidad, pero no acepta lo que Benedicto XVI ha llamado “la ecología humana”. El Papa Francisco ha explicado que esta “ecología humana” tiene que ver con nuestro cuerpo: “Aprender a recibir el propio cuerpo, a cuidarlo y a respetar sus significados, es esencial para una verdadera ecología humana. También la valoración del propio cuerpo en su femineidad o masculinidad es necesaria para reconocerse a sí mismo en el encuentro con el diferente” (*Laudato Si* 155).

Si no existiese esta normalidad humana, que es la naturaleza humana, Cristo no habría podido redimirnos, porque no habría podido hacerse uno de nosotros, naciendo de mujer. Lo que Cristo habría vivido sería lo suyo, y no podría ser lo nuestro. Pero Cristo asumió la naturaleza humana. Y la asumió con las consecuencias de la nueva anormalidad que llamamos pecado. De este modo restableció la salud profunda, la normalidad, según el proyecto del Creador y Padre. Es decir, restableció al hombre, imagen de Dios, llamado a la comunión con sus hermanos y su Padre celeste.

Y así llegamos a la clave sobre la normalidad. El resucitado es la “nueva normalidad” de lo humano, porque solo configurándonos a Él alcanzamos madurez y plenitud. Y para volver a esa “nueva normalidad” no hay que esperar a que pase el coronavirus. Basta volver a las fuentes de nuestro bautismo. ¡Viva la nueva normalidad!